

El puzle de Consuelo

A todas aquellas mujeres que se ocuparon de sostener el mundo con sus manos.

Los ojos de Consuelo son de un azul imposible, su mirada expresiva y profunda. Cubre su rostro una piel satinada y leve, surcada por largas arrugas en sentido vertical. Conserva un aire de ingenua coquetería femenina que, de vez en cuando, la empuja a visitar la peluquería con el fin de teñirse el pelo de un ligero tono caoba. A sus ochenta años, esta anciana de cuerpo delgado y caminar erguido, posee una belleza altiva que el tiempo, con su empeño, no ha conseguido acobardar. Consuelo atesora una prolongada biografía por detrás y media docena de gatos por delante. Esta tarde yace sentada sobre el asiento solanero labrado en arenisca que lleva dos siglos haciendo guardia junto a la entrada de la casa. Entre los pliegues de la falda sujeta una escudilla. Con mano pausada desmiga en virutas los restos de una hogaza que vierte sobre un charquito de leche: la merienda para sus felinos. De vez en cuando, algún glotón araña sus medias en el intento de trepar piernas arriba con el propósito de ganar posición en el festín.

—¡Espera, impaciente! —.Le amonesta, apartándolo sin contemplaciones de un severo manotazo.

Una vida casi entera habitando esta casa. Hasta los quince residió con sus padres en el caserón familiar, al otro extremo del pueblo. Es así por mucho que se empeñen las autoridades y el vecindario en darse ínfulas de ciudad cuando reciben a los veraneantes, esto no es más que un pueblo, un pueblo grande, sí, pero un pueblo.

Mientras la tarde se adormece suspendida entre las estiradas copas de los álamos, Consuelo rememora una existencia dedicada a la ciencia doméstica, toda una historia personal que la octogenaria contempla ahora resumida en las piezas de un sencillo puzle, fragmentos amasados con la áspera harina del sacrificio, la abnegación y el trabajo. Cada pieza es un capítulo, un salto en el tiempo. Un juego infantil configurado por unos pocos cartoncitos lobulados de diferente color y tamaño, un entretenimiento muy sencillo de reconstruir.

Inaugura el juego la pieza en la que aparecen impresos los años de la infancia. Es este un cartoncito de un desvaído tono sepia y formato mediano. En la imagen una niña confinada en la casa paterna, pegada a las faldas de abuela, trajina entregada a las labores domésticas. Mientras los padres andan atareados en atender a la parroquia en la cantina-tienda, la chiquilla da lustre a la tarima de los pasillos, friega cuartos, retira telarañas de los techos, hace camas, quita los mocos a los hermanos pequeños, despliega inabarcables coladas en el tendedero...

La segunda tesela es muy pequeña (duró poco lo vivido), de un rutilante color verde esmeralda. Consuelo decide apartar esta pieza en el momento en que se disponía a encajarla mentalmente. Mejor dejarla para el final, cuando, con todo el mosaico completado, quede sobre el tablero un diminuto espacio vacío.

Hay un tercer fragmento cuyo tamaño corresponde al período de un lustro, de los dieciséis a los veintiuno, los años en que se fue, mejor dicho la enviaron, a servir a Barcelona en casa del Doctor Bernat, un conocido acomodado. Eran muchos de familia y los tiempos andaban de penuria. Los catalanes veraneaban en El Masnou, cerca de la playa, sin embargo, para la joven sirvienta no había vacaciones. Los recuerdos de esta pieza aparecen estampados sobre un deslucido color azul metálico, probablemente heredado de la proximidad del mar y el rosario de cubiertos, cacerolas y sartenes que le tocó fregar a diario.

Se vino de regreso al pueblo habiendo ahorrado algunas perras. En menos de un año llegó la boda. Un matrimonio arreglado, en el que ella tuvo poco que decir, apenas tuvo tiempo de conocerle. Nunca le gustaron las tareas agrícolas. Al principio acompañaba al esposo a la cuadra o hasta las tierras de labranza: la siega, el ordeño o la recogida de patatas. No tardó en llegar el día en que acabó por darse cuenta de que aquello no era lo suyo. Determinó dejar de ir al campo para dedicar todas las

horas que tiene el día a las tareas del hogar. Con el tiempo el esposo fue deviniendo en un ser cada vez más adusto y reservado, se le enranció el carácter. Comenzó a tratarla con indiferencia. La estimaba poco. Consuelo echaba de menos los gestos de ternura pero ya no había marcha atrás. Se resignó. Esta fracción es la más grande del juego, duró cuarenta largos años, está pintada del opaco color gris de la ceniza...

La anciana termina de desmigar el mendrugo, se agacha para depositar el cuenco sobre el empedrado. Los mininos acuden ansiosos empinando la cola y dándose empellones. Abstraída, la anciana contempla como sus animales lengüeteen en la leche.

La imagen de la quinta ficha comenzó a quedar impresa el día en que enviudó quedando sola al cargo de este hijo, hoy cincuentón y soltero, un hombre pusilánime, frustrado y silencioso, incapaz de contraer matrimonio o arrancar fuera del pueblo en busca de futuro, cuyos únicos desenfrenos son la barra del bar o permanecer sentado frente a la pantalla del televisor. Consuelo deposita esta ficha en su lugar, es una de las grandes, equivale a un lapso de dos décadas. Tiene el matiz marrón tostado propio de las hojas polvorientas que los vientos otoñales revuelcan por las eras.

Se levanta, se sacude el delantal, está pensando en la cena. Con paso pausado se dirige al gallinero en busca de unos huevos; de regreso se pasa por la huerta para entresacar una lechuga. Entra en la cocina con las manos ocupadas. Una luz dorada propia del ocaso reverbera en la ventana inundando la estancia de una acogedora transparencia veraniega. Contra los cristales se mecen perezosamente las sombras que proyectan los avellanos del patio. Una mirada breve le basta para constatar que todo está aviado en la estancia: el puchero en la lumbre, la loza en el vasar, los desgastados paños de cocina colgando de la barra, la pila del fregadero vacía, la mesa despejada con el frutero en el centro, el jilguero distraído en su rincón...Toma asiento en el banco de madera, deja pasar el tiempo, los pensamientos se le pierden enredados en el cadencioso tic tac del reloj... El pajarito, contento de verla, retoma su parloteo. Consuelo decide dejarse abrazar nuevamente por la soledad y los recuerdos...

Un espeso aroma a vino derramado y humedad transita por la taberna. Chelito repone género en los anaqueles de la tienda muy atenta a todo cuanto acontece a su alrededor. Desde su posición ha podido observar la entrada del mozo que viene en busca de unas esquilas. El chico permanece apoyado sobre el tosco mostrador cuyos tablones de roble reposan erosionados por el trasiego de jarras y porrones, paquetes de garbanzos y paquetes de clavos. Fabricio despacha al muchacho mientras la niña vigila a hurtadillas parapetada al otro lado de la balanza. Conoce al chico de verle por el pueblo. Se llama Modesto y anda ya en edad de mocear. Su familia, como tantas otras de por aquí, también se dedica a las fincas y al ganado. Nunca ha tratado con él. Ella misma se ve sorprendida por este súbito interés. Al pagar y recoger el encargo, el joven, que parece no haber mirado hacia el rincón, conoce ya de su presencia. Esa noche la voz y la sonrisa de Modesto se presentaron en el lecho de Chelito. Esa noche y las que siguieron...

Embozado tras cualquier excusa, comprar una caja de cartuchos, llevarse unos rollos de bramante, beber un vaso en compañía de otros..., Modesto, se presentaba a menudo en el colmado. Hizo por coincidir con la chiquilla en la calle, la saludaba, probó a entablar conversación... Llegó el momento en que Consuelito conocía que día y a qué hora vendría el chico al establecimiento. Bajaba entonces alegando la necesidad de fregar vasos o trasegar vino de barricas a botellas. Conseguían cruzar en un destello sus miradas. A mediodía, con la excusa de tender la ropa en el balcón trasero, corría escaleras arriba, coincidiendo con la hora en que él regresaba de los prados. Desde lo alto de la casa, le veía llegar por el camino de El Soto, con algún apero al hombro, adornado siempre con aquella sonrisa amplia y deslumbrante, escoltado por sus perros. Agitaba la mano loca de contenta al verlo a lo lejos tan delgado y moreno. Él enloquecía al contemplar aquella lindísima figura que el sol iluminaba deliciosamente en lo alto de la galería debatiéndose contra el viento con las sábanas. Tenía Chelo trece años.

Pasados los meses, un domingo de mayo, Modesto decidió invitarla al cine. Por entonces aún funcionaba el Cine Novedades, junto al Baile. Hace tiempo que derribaron ambos edificios para levantar pisos. Sortearon el recelo paterno acudiendo cada uno por su lado. Chelito asistió a la cita acompañada por su hermanita Nieves.

—Te has traído carabina— Le murmuró el zagal al oído cuando se codearon en taquilla.

Cada uno sacó entradas por su lado. Accedieron al patio de butacas por pasillos opuestos para acabar coincidiendo en la misma fila. Consuelo no había ido mucho al cine. Tampoco lo haría después. Aquella tarde, proyectaban una película musical con muchas canciones y bailes, a estas alturas cualquiera recuerda el título. Durante la primera parte, Modesto se arrimó sentándose junto a Consuelo. Sin apenas rozarse, él la respiraba, ella temblaba como una hoja de tilo. Al descanso, cuando se encendieron las luces, charlaron como dos que se conocen y se acaban de encontrar. Él invitó a un cucurucho de peladillas. Al dar comienzo la segunda parte, escudándose en la oscuridad, Modesto, se dejó arrastrar por el espontáneo deseo de tocarla, levantó el brazo izquierdo por detrás de la butaca y comenzó a acariciar el pelo de Chelito a la altura de la nuca. Se demoró remando melena abajo con la yema de los dedos. Cada caricia detonaba una turbulencia cuya onda expansiva se propagaba hasta las rodillas de la niña. Aparentemente inmóviles, permanecieron largo rato. Mientras los personajes del celuloide se daban una cena de postín con orquesta de jazz al fondo, el joven amante, adelantó el brazo izquierdo aferrando con fuerza la mano derecha de Consuelo que reposaba sobre el vestido. Nieves, que contemplaba deslumbrada a unos danzantes empeñados en patalear con desenfreno la pantalla, ni se enteró. La joven sentía la fuerza de aquella apretada y ardiente caricia, en la que su amante buscaba fundir las palmas. Volvió la cara para darse de bruces con la luz que iluminaba los ojos embelesados de Modesto. Turbados por la proximidad de los rostros, en aquel violento ataque de éxtasis y alegría no acertaron a pronunciar una sola palabra. Se limitaron a mirarse como dos seres a los que el don del amor ha privado de lenguaje.

Pocos días después, Fabricio y Petra comunicaban a su hija que se iba a servir para Barcelona...

Ha llegado el momento de terminar de armar el puzzle. Es ahora cuando la longeva mujer decide insertar en su lugar la quinta pieza, la más pequeña, la de un deslumbrante color verde esmeralda.

